



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm 32 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Agosto 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Palmaseda. — Capucha de verano. — Sombrero *Gabriela*. — Sombrero *Pastora* para campo. — Sombrero *Berta* con doble ala. — Cuellos de encaje irlandés. — Broches de pasamanería y azabache. — Diferentes botones de pasamanería. Adorno de cordon y azabache para trajes. — Mantel para té. — Cifra para pañuelos. — Estrella de crochet y cinta. — Lambrequin bordado. — Intredos de punto de aguja. — Acerico. — El anillo de encaje irlandés. — Puntillas irlandesas hechas con cinta color crudo para adornar trajes. — Los cuadros de malla gubure. — Sillon-cama. — Cenefas para adornar muebles.

LITERATURA: *Consejos para mis hijos*, por Eleuterio Llofriu y Sagra. — *El rico*, poesía, por Evaristo Pombona. — *El presentimiento*, soneto, por F. Diez de Tejada. — *Las favoritas reales*, por Salvador María Fábregues. — *Religion, patria y amor*, por G. del V. — *Historia de una pulga*, por Nicolás Díaz y Perez. — *El capital de la virtud*, por Angela Grassi. — *Los teatros*, por la Baronesa de Wilson. — *Variadas*. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

1 y 2. PASAMANERÍAS.

Estos golpes ó broches de pasamanería, con algo de azabache, se usan para sujetar los cogidos de las faldas y adornar por delante las chaquetitas de cachemir ó las carteras de los vestidos: se hacen de cordon guardando la forma que indica el dibujo, y se visten con torzal las cuentas de madera para los colgantes. (El núm. 6 mues-

6 á 11. BOTONES DE PASAMANERÍA.

Estos modelos reproducen botones de distintas formas y tamaños que pueden ser hechos por cualquiera señora un poco laboriosa. Se compra el boton de madera, y con torzal negro ó con cordon se cubre, bordando encima el azabache, como indica el dibujo. Algunos llevan una funda de crochet y encima el bordado. Los pequeños sirven para combinaciones como la del núm. 1.

12. CIFRA PARA PAÑUELOS.

Esta cifra conviene sobre todo para pañuelo de batista blanca ó cruda que tenga la cenefa negra: el bordado en este caso se ejecuta á plumetis con blanco, perfilándole de negro.

13. ADORNO DE CORDON Y AZABACHE.

Es muy á propósito para abrigos de cachemir y aún de faya en dos ó tres órdenes, como le presenta el modelo,



1. Broche de pasamanería y azabache.

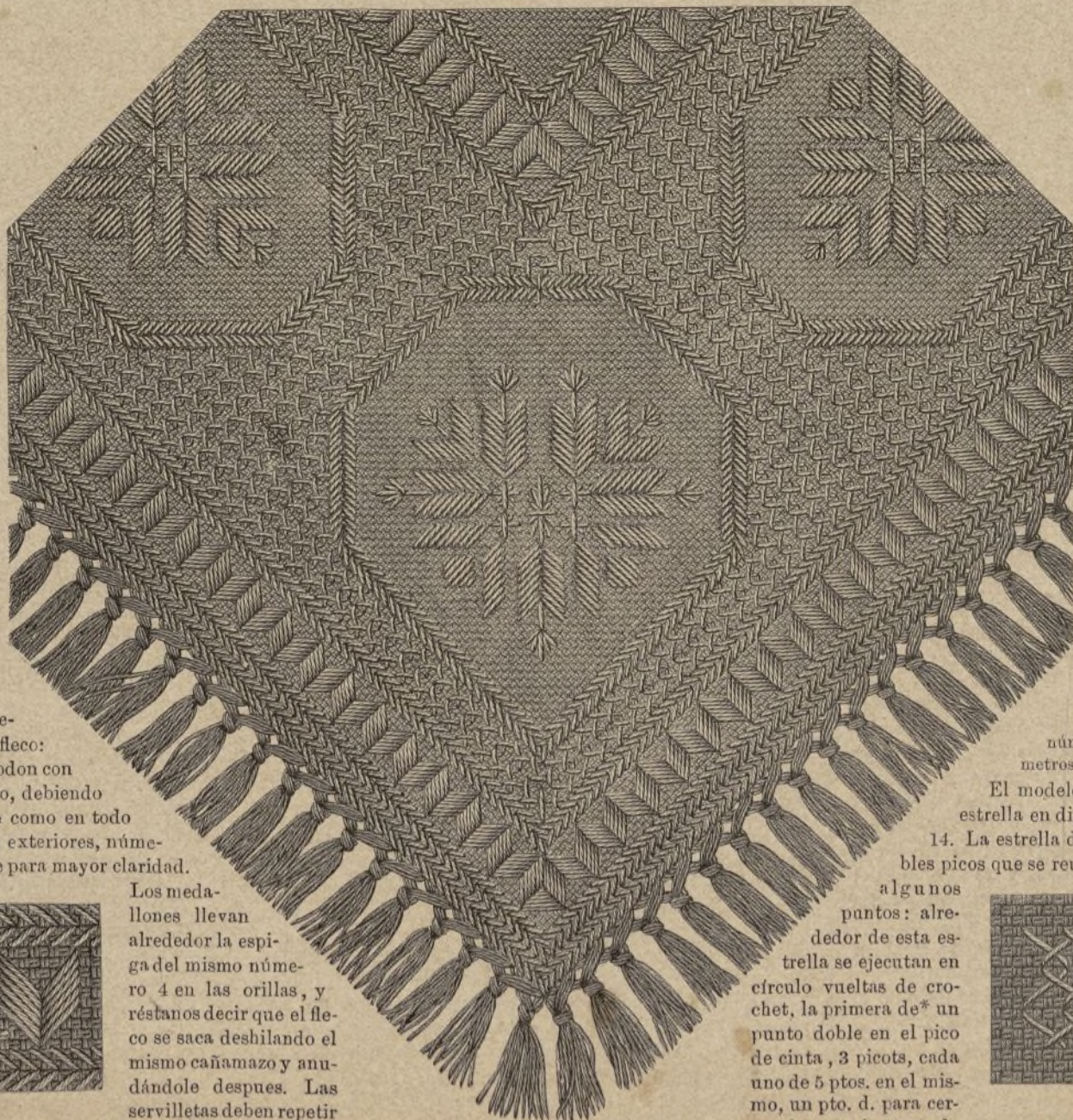
tra uno de ellos). El número 2 representa con bastante verdad una fuchsia.

3 á 5. MANTEL PARA TÉ.

Es de cañamazo Java y tiene 68 cents. en cuadro sin el fleco: el cañamazo es gris y el algodón con que se borda blanco y grueso, debiendo contarse los hilos al bordarle como en todo cañamazo, y las dos cenefas exteriores, números 4 y 5, las muestran aparte para mayor claridad.



4 Cenefa de tamaño natural para el mantel núm 3.



Los medallones llevan alrededor la espiga del mismo número 4 en las orillas, y réstanos decir que el fleco se saca deshilando el mismo cañamazo y anudándole despues. Las servilletas deben repetir el fleco y cenefa exterior.

Ayuntamiento de Madrid

3. Esquina de mantel para té.



2. Broche de pasamanería y azabache.

sobre un encaje de lana ó á los lados de un entredós.

14 y 15. ESTRELLAS DE CROCHET Y CINTA.

Materiales: Algodon de crochet número 40, cinta de hilo de dos centímetros de ancho.

El modelo reproduce cada mitad de la estrella en distinta clase.

14. La estrella del centro se compone de 8 dobles picos que se reúnen unos á otros por medio de

algunos puntos: alrededor de esta estrella se ejecutan en círculo vueltas de crochet, la primera de* un punto doble en el pico de cinta, 3 picots, cada uno de 5 pto. en el mismo, un pto. d. para cerrar los 3 picots, 3 de cadeneta, una barra en



5. Cenefa de tamaño natural para el mantel núm. 3.

el hueco de los dos picos, 3 de cadeneta y se vuelve á la señal *. Las dos vueltas siguientes son una reproducción de esta haciendo más grandes los picots y las separaciones, y contrariando los grupos de picots, que en la segunda vuelta son 5 en lugar de 3, y en la tercera 7 en vez de 5: una cadeneta lisa fija otra vuelta de picos de cinta á los picots del centro de la onda, y otra vuelta como la tercera termina la estrella, uniéndose los dos picots de los extremos y separando cada grupo una cadeneta de 7 ptos. que sujeta dos picos de la cinta. (Véase el dibujo).

15. Lleva alrededor de la estrella de cinta tres vueltas de festones de tamaño graduado, y los dos últimos con un picot sobre el punto doble que cierra el feston. La cenefa, que es lo principal de la estrella, se ejecuta á lo ancho del modo siguiente:

Un pto. doble *, 23 de cadeneta, y para formar flor un punto d. en el cuarto, despues, para la primera mitad de la flor pequeña, 2 ptos. ds., 3 de cadeneta, 2 bar. que se reúnen en un punto, 3 de cadeneta, uno doble, 3 de cadeneta, 2 bar., 3 de cadeneta y 2 dobles *. Para la primera mitad de la segunda flor se repite de señal á señal, y se hace lo mismo de festones la última flor completa ó sea todo el círculo, volviendo á bajar á ejecutar la otra mitad de las flores lo mismo que la primera mitad. Una cadeneta de 9 puntos se hace para llegar al centro del otro feston, donde se principia otra serie de flores lo mismo que las ya explicadas, y así se va formando toda la cenefa. Los primeros picots de las flores se unen entre sí y las últimas por medio de unas barras cruzadas. (Véase el dibujo).

16. ACERICO COLGADO.

Dos círculos de percalina de 16 cents. de diámetro forman el acerico, cubierto por cada lado de una estrella de crochet, para la cual pueden servir los modelos anteriores: este acerico lleva un rizado de cinta alrededor á dobles pliegues, que se fijan por medio de cuentas ó botones negros si el rizado es grana, y blancos si azul: dos tirantes de la misma cinta y un lazo terminan el acerico.

17. LAMBEQUIN BORDADO.

El borde exterior, festonado, lleva un fleco de seda de tono más subido que el fondo, y en el centro de las ondas va una flor de cretona alternando con un capullo bordado al pasado.

18. ENTREDÓS DE CROCHET Y TRENCILLA.

Puede reemplazarse la trencilla que ocupa el centro por una de crochet de horquilla: la primera vuelta de cada lado es un feston de 5 ptos. y uno doble sujetando 3 picots. de la trencilla: la segunda lleva 6 canutillos de 8 vueltas del hilo en una onda con un picot entre el tercero y cuarto, y un punto doble en el centro de la onda siguiente, y la tercera vuelta forma el doble borde en esta forma: * se comienza en el centro de un feston sin canutillos con un pto. d., 5 ptos. de cadeneta, 3 en el picot, 10 de cadeneta, un pto. d., 10 de cadeneta y un pto. d. sobre el mismo feston; 5 ptos. de cadeneta, y se vuelve á la señal. * Se unen los festones de 10 ptos. enganchando el quinto en el anterior.

19 á 22. CAPUCHA DE PUNTO DE AGUJA.

Materiales: Dos onzas de lana céfiro gris y blanca, dos agujas de madera, una docena de botones encarnados, 50 céntos. de cinta de seda del mismo color, dos borlas blancas.

Este modelo puede ser de cachemir como le presenta el núm. 21, ó de punto como los núms. 19 y 20. Para este se montan con lana blanca 180 ptos. con los que se hacen 180 vueltas á punto de faja, sobrecargando despues los puntos para concluir de un modo muy flojo, se estiende despues el cuadro de punto con alfileres, se la moja con agua engomada, y despues de envolverla en un lienzo seco, se la estira para hacerle dar 70 cents. en cuadro, haciéndole tomar el pliegue que muestra el número 21; los bordes exteriores del pliegue desaparecen bajo una cenefa calada fija de trecho en trecho con botones, cuyo adorno orilla toda la capucha: las puntas de adelante van terminadas por borlas, y un pliegue en el número 21 muestra el sitio en que se colocan los botones y las presillas para cerrar la capucha.

La cenefa la muestra el núm. 22, se lempapa tambien en agua engomada y se hace del modo siguiente:

Se ponen 7 ptos. y el primer punto se hace siempre.

1.^a vuelta * 2 lis., una trab., 3 lis., una trab., 2 lis.

2.^a 2 lis., una trab., 5 lis., una trab., 2 lis.

3.^a 2 lis., una trab., uno lis., un meng., una trab., uno lis., una trab., un meng., uno lis., una trab., 2 lis.

4.^a 2 lis., una trab., uno lis., un meng., una trab., 3 lis., una trab., un meng., uno lis., una trab., 2 lis.

5.^a 2 lis., una trab., uno lis., un meng., una trab., 2 lis., una trab., un meng., uno lis., una trab., un meng., uno lis., una trab., 2 lis.

6.^a Un meng., uno lis., una trab., uno sin hacer, uno liso y sobre él sobrecargado el anterior, uno lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, uno liso, uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno lis., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno lis., un meng.

7.^a Un meng., uno lis., una trab., uno sin hacer, uno liso y sobrecargado el anterior, uno lis., una trab., 3 hechos en uno al derecho, una trab., uno lis., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., uno liso, un meng.

8.^a Un meng., uno lis., una trab., uno sin hacer, uno liso y sobrecargado el anterior, 3 lis., uno sin hacer, uno liso y sobrecargado el anterior, una trab., uno lis., un menguado.

9.^a Un meng., uno lis., una trab., uno lis., 3 hechos juntos del derecho, uno lis., un meng.

10.^a Un meng., uno lis., una trab., 3 juntos al derecho, una trab., uno lis., un meng.

Se repite desde la señal.

23 á 27. ENCAJE IRLANDÉS.

23. *Cuello de encaje irlandés.*—Está hecho con dos diferentes trencillas; el borde exterior se compone de dos órdenes de trencilla ancha, dispuesta en medallones terminados con una puntillita; el fondo está formado con una trencilla labrada, la cual constituye asimismo la vuelta del cuello.

24. *Mitad de un cuello de encaje irlandés.*—El lindo dibujo de este cuello consiste en ondas graduadas y entrelazadas, unidas entre sí con puntos cruzados y llenos los huecos con molinetes y puntos de feston veneciano.

25. *Puntilla irlandesa con cinta color crudo para adornar túnicas.*—Lo ancho de la puntilla disminuye el trabajo que es sencillo y se hace rápidamente.

26. *Puntilla de color crudo para adornar trajes.*—Este modelo, de un género sumamente nuevo, se emplea sobre un transparente de color, sea de tafetan ó de cualquiera otro tejido.

27. *Pañuelo de encaje irlandés.*—Se hace con la misma puntilla del cuello grab. 24, pero parece mucho más rico por la diversidad de puntos de encaje. Podría hacerse tambien con trencilla color crudo y destinarse para adornar trajes.

28 á 31 SOMBREROS DE VERANO.

28. *Sombrero Pastora para campo.*—Una cinta de terciopelo de 3 cents. de ancho rodea la copa poco elevada del sombrero, que es de paja de Florencia. Un lazo con caidas de terciopelo más ancho cierra en el centro de atras la linda corona de flores de los bosques que le adorna.

29 y 30. *Sombrero Berta de doble ala.*—El retorcido que adorna la parte interior y las bridas que se anudan atrás son de faya rosa mate. Un biés semejante rodea el ala. El adorno exterior se compone de bieses de terciopelo negro y un ramo de flores. Un lazo de terciopelo adorna el sombrero por delante en la parte de fuera y otro en la parte interior.

31. *Sombrero Gabriela bordado de azabache.*—El ala, levantada con gracia, está bordada todo al rededor con azabaches. Cintas, flores y bridas de gasa ó tul completan su adorno.

32 y 33. SILLON-CAMA.

La montura es de hierro y está completamente capitonado incluso los brazos. El asiento termina por abajo en un taburete, y está dispuesto de manera que puede transformarse en cama. El peso del cuerpo basta para mantenerlo en su posición horizontal; sin embargo lleva algunos botones al lado de la montura para poder sujetar á ellos una correa. Nuestro modelo lleva por adorno las cenefas, grabados 34 y 35, pero tambien pueden adornarse con tiras de paño sembradas con florecitas de aplicacion de cretona, este nuevo y precioso bordado que nosotros hemos dado á conocer y que tanto ha gustado á nuestras suscriptoras.

34 y 35. CENEFAS PARA ADORNAR MUEBLES.

La cenefa estrecha se ejecuta bien con dos ó tres tonos del mismo color, bien con colores vivos sobre fondo de terciopelo, paño, reps, cachemir ó piel. La ancha imita el género turco y se borda con encarnado, verde, negro y amarillo sobre reps de lana, cuero inglés, cutí ó cualquiera otra tela.

36 y 37. DOS CUADROS DE MALLA GUIPURE.

Estos nuevos modelos pueden utilizarse para punta de corbata empleando un hilo muy fino y con algodón más grueso, alternando con cuadros de tul ó bordado en blanco, para velos de butaca, tapetes para mesa ó cualquiera otro objeto.

JOAQUINA BALMASEDA.

CONSEJOS PARA MIS HIJOS.

No espereis en la tierra el reinado de la justicia, pero seguid adelante sin encontrarla y vuestra palabra y vuestras obras sean siempre el reflejo de una conciencia serena como el cielo en una hermosa noche primaveral. Vereis con frecuencia la ineptitud y la osadía alcanzando lo que no puede conquistar la inteligencia y la modestia: la adulacion y la vanidad suelen ocupar el puesto destinado á la sinceridad humilde; mas no retrocedais por eso en vuestro camino, que tarde ó temprano encontrareis quien os conozca y os estime en lo que habeis de valer si no os apartais de mis consejos.

Tú, Aurora, imita á tu madre, siendo esclava de los deberes, alegría y concierto de la casa, virtud modesta; desprecia como ella las vanidades mundanas, socorre al desgraciado y conserva tu conciencia libre de toda mancha. No te pese ver que otras por distinto camino parece que se hallan en la cumbre de la felicidad, que no puede haber goces en donde no hay buenas obras, ni puede ser sino aparente ventura la del alma que no cumple con los deberes que la enlaza á Dios, á la sociedad y á sí misma.

Compadece al que delinque, porque tiene cerrados los ojos para ver el bien y endurecido el corazón para no sentirlo y por las noches ántes de entregarte al sueño, quiera Dios que puedas recordar una buena obra por cada día de los de tu existencia.

Tú, Joaquín, entrarás en el vasto océano en que el hombre vive apenas deja los inocentes juegos de la infancia.

Estudia en los libros primero, despues en los hombres; que de nada sirve la ciencia de aquellos sin el conocimiento de los segundos, norte que debe guiarte á puerto seguro.

Con apariencia de amigos encontrarás el mayor número: pruébalos, y recibirás el desengaño si los creiste.

Si en el torbellino de la vida ves elevado á la cumbre al ignorante y al malvado, y que á ellos no llegan los horrores de la miseria, sino que la adulacion y el incienso los halagan mientras la modestia y la laboriosidad, la honradez y la ciencia se ven postergados y oscurecidos, no pierdas la fé, ni sientas no llegar á aquella altura por donde llegaron ellos, que todo aquello es deleznable y perecedero, y aquella montaña en cuya cima se hallan, desaparecerá ante el soplo de la verdad y de la justicia.

ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA.

EL RICO.

Insigne don de los cielos,

Libertad, libertad santa,

Que pródiga vivificas

Las facultades humanas!

¡Que me dejas mio el cuerpo,

Que me dejas mia el alma,

Que puedo alcanzar la gloria,

Puedo cubrirme de infamia!

¡Quién, sin ultraje á Dios mismo,

Mi excelso don me arrebató?

Quién encadena mi cuerpo?

Quién mi espíritu avasalla?

Quién me roba mi fortuna!

En la libertad no hay mancha.

Si otorga grandes derechos,

Grandes deberes señala.

Quién trabaja noche y día,

Quién día y noche se afana,

Quién cosecha el rico fruto

De sus vigilias amargas;

Quién de sus hijas es honra,

Y honra tambien de la patria;

Que no merece la vida

Quién se adormece en la holganza;

Que goce de su fortuna

A fuego lento labrada,

¡Calle la mortal envidia,

La criminosa vagancia!

Que, sin ultraje á Dios mismo,

Nadie mis bienes me arranca,

Que son sangre de mis venas

O sangre de mi prosapia.

¡Bien hayas, noble fortuna,
Fortuna que nos ensalzas,
Y que nuestro nombre en hechos
Imperecederos grabas!

Que si es mejor la riqueza
De las potencias del alma
Porque acerca más al hombre
A la Providencia sabia;

Una y otra dignifican
Porque una y otra se alcanzan
Ejerciendo *libremente*
Las facultades humanas.

Quien me atropella en mis bienes;
Quien mi fortuna me arranca,
Mi libertad me confisca,
La libertad es el alma.

Y son mis bienes yo mismo,
Quien me los hiere, me daña,
Y es la riqueza una gloria,
Si nuestra sangre la amasa.

Si no turba los sentidos,
Si no nos causa borrascas;
Si bálsamo de dolores,
Todas las miserias calma;

Si socorre la indigencia,
Si nimen de la desgracia,
No hay lágrimas que no enjague
Ni aflicción que no comparta.

Si la riqueza es estéril,
Si ninguna dicha labra,
O si maldición del hombre
Lleva en su seno desgracias;

Esa riqueza maldita
Es como incendio que pasa;
Si deja alguna memoria,
Esa memoria es aciaga.

Si la riqueza es ilustre,
Si la riqueza es formada
Al fuego lento del cuerpo,
O al fuego lento del alma;

Y se presenta bendita
En sus obras tan hidalga,
Que á la ingratitude más fiera
Mil bendiciones arranca;

Esa riqueza es tan noble,
Que debemos ensalzarla:
¡Calle la mortal envidia,
La criminosa vagancia!

EVARISTO FOMBONA.

PRESENTIMIENTO.

SONETO.

Del Bétis en la márgen deliciosa
do el sol derrama vívidos fulgores,
donde trinan pintados ruiseñores
al blando son del agua armoniosa,
Yo soñé una mujer: aún más hermosa
que la virgen feliz de los amores,
pura como el aroma de las flores,
bella como de Abril temprana rosa:
Y eras, Elisa, tú, yo te veía
en mi ensueño de mágica ventura:
más luego que te hallé cual presentia,
una pasión te consagré tan pura,
que ni pintarla puede la poesía,
ni la podrá acabar la muerte dura.

F. DIEZ DE TEJADA.

LAS FAVORITAS REALES.

(Conclusion).

XXX.

DOÑA TOMASA ALDANA.

El reinado de Felipe IV es sin duda ninguna el único período de nuestra historia en que la sensualidad llegó á absorber de tal modo la atención de la galante y faustuosa corte del Buen Retiro, que la idea política se puede decir que había muerto en España. Rey y cortesanos no pensaban en otra cosa que en divertirse y solo vivían para entregarse á todo linaje de placeres.

Con decir que Doña Tomasa Aldana era menina de la reina Isabel de Borbon, primera esposa de Felipe IV, queda declarado que procedía de noble cuna. Si á esto se añade que poseía hermosura, talento y ambicion, tendremos que reconocer en la favorita cualidades suficientes para cautivar el deseo de un rey como Felipe, entregado completamente al deleite. Lo cierto es que, bien fuera amor, bien ambicion, la Aldana fué pronto la amiga del soberano, á cuya galante solicitud y régia prodigalidad

pocas mujeres podían resistir. Estas relaciones se trasladaron pronto en la corte por haberse declarado en cinta la favorita; y aperebiéndose la reina, iba á despedir ignominiosamente de su lado á la menina, que tan poco estimaba su recato, cuando Felipe trató de evitarlo por medio de un casamiento que cubriera la falta, siquiera fuese aparentemente. No faltó un cortesano venal que para el caso sirviera, y aunque era sabedor de las amorosas relaciones que existían entre el rey y la Aldana, se prestó á ser el esposo de esta el gentil-hombre D. Juan de San Martín, el que, verificado el casamiento, apadrinados por el rey, reconoció y dió su nombre, con escándalo de toda la corte, al hijo que dió á luz su esposa tres meses despues, el cual se llamó D. Alonso Antonio de San Martín, obispo que fué con el tiempo de Oviedo y Cuenca.

De su madre se ignora el fin, pues aunque continuó algunos años más formando parte de la servidumbre de la reina en clase de dama, es lo más probable que tuviera que sufrir el olvido y abandono de su real amante, y quizá algunos sinsabores más, propios de la difícil posición en que su amor ó su ambicion la colocaron.

XXXI.

MARÍA CALDERON.

Quién fué María Calderon? Una famosa cómica del corral de la Pacheca, tan célebre por su hermosura, como aplaudida por su talento.

El duque de Medina Sidonia era un gallardo mancebo de noble corazón y generosos sentimientos, de proceder honrado y leal, muy querido del rey, del cual era considerado como favorito.

De resultas de concurrir asiduamente al corral, como entonces se llamaba el teatro, se enamoró perdidamente el duque de la Calderon, pobre cómica que, pretendida por un grande de España que con pasión la amaba, tuvo valor para resistirle, y tales pruebas de virtud y recato dió á su amador, que pensó éste formalmente elevarla á su tálamo. Consultó el caso con el rey, que como amigo le trataba, y entró este en deseos de conocer á la cómica, á la que visitó de incógnito dos ó tres veces acompañado del duque. Los encantos de la Calderon encendieron los deseos de Felipe IV, que sin tener en cuenta que aquella mujer era el más querido objeto de uno á quien llamaba amigo, la solicitó y obligó á que se rindiera á su albedrío, aunque hay quien asegura que al saber la cómica quien era su nuevo pretendiente, cedió fácilmente á su ruego, creyendo una felicidad lo que fué para ella una desgracia. Los amores de Felipe con la Calderon dieron vida á un nuevo bastardo, que fué D. Juan de Austria, nacido el 7 de Abril de 1629, el cual fué un distinguido general en el reinado de su padre y un aventajado político en el de su hermano Carlos II, falleciendo en el palacio de Madrid el 17 de Setiembre de 1679.

El duque de Medina Sidonia, herido en el corazón por la traición del amigo, que ese título le daba el rey, y por el abandono de la Calderon, dió tales muestras de sentimiento y desesperación, que temiendo el rey alguna cosa, le desterró de la corte. En el destierro y todo, no olvidaba á la mujer de su amor, y una prueba bien elocuente dió de él, pues al tener noticia del olvido y abandono del rey, aun ofreció su mano á la Calderon si concluía por romper su pasado y abandonaba la corte. El rey tuvo conocimiento de ello, y bien sea por que no quería que el duque enlodara sus ilustres blasones, bien por un resto de amor propio, obligó á la Calderon á que entrara en un convento á espiar su ambicion y á que el duque volviera á salir para el destierro. En él fué donde el duque de Medina Sidonia, por vengarse del rey sin duda, fraguó la célebre conspiración que estalló en 1641, y que desgraciadamente para él se frustró por completo, debiendo el salvar la vida á ser pariente próximo del conde-duque de Olivares, pero quedando deshonrado para la historia, puesto que su conspiración atentaba á la integridad de la patria.

Se ignora cuántos años tuvo aún que llorar en el claustro sus debilidades la cómica María Calderon; pero se sabe que Felipe IV nunca jamás quiso verla ni se acordó de ella para nada. El gran poeta Arolas ha contribuido en gran manera á hacer interesante y popular la historia de María Calderon con una de sus más brillantes composiciones.

XXXII.

CONCLUSION.

Hemos terminado nuestro trabajo. Con la historia en la mano hemos pasado revista á esa pleyada de hermosas mujeres que, alcanzando la celebridad de un día, compraron la satisfacción de sus placeres con el deshonor y con las lágrimas. No hemos tropezado con una siquiera cuyo fin no haya sido el olvido, el abandono, el desprecio. Por el incalificable olvido de un deber muy sagrado, por

una ambicion altamente reprochable, se acarrearón con su liviano proceder el padron de ignominia con que la historia y la crítica sensata las ha castigado. Quizá habrá entre ellas algunas dignas de indulgencia, empero las circunstancias que atenuan su falta son desconocidas; y solo se evidencia en ellas lo que la moral no olvida ni perdona. Dios sin duda habrá tenido compasión de su dolor y arrepentimiento, y las habrá perdonado sus faltas.

El conocimiento de la verdad histórica, aun presentada en pequeños detalles, como hemos hecho en estos estudios, no es ocioso para nadie, y ménos para la mujer á cuya enseñanza va encaminado nuestro ligero trabajo. En él hemos huido de las muchas y extensas consideraciones que su asunto sugiere, porque queríamos hacer una cosa amena é instructiva. Si hemos acertado el pensamiento de nuestras amables lectoras, es la única duda que nos asalta; de todos modos, nuestra intencion es buena, y repetiremos con un santo: la intencion basta.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

RELIGION, PATRIA Y AMOR.

Hay más allá de los mares una bella region, donde la naturaleza muestra todos sus encantos y la poesia tiene su templo. Allí la mujer es hermosa, como todo cuanto la rodea; allí se rinde culto á la libertad, esa diosa de la vida, á la religion, que purifica nuestras almas, y al amor, que alimenta nuestras ilusiones y esperanzas.—Lo más bello que encierra el corazón del hombre.—Esa tierra es Colombia, la patria de mil héroes, la que mira en su suelo á mil trovadores que la cantan.

Uno de estos últimos, quizás el más notable de todos ellos, es Torres Caicedo, autor de las poesías de que vamos á ocuparnos; diplomático consumado, polemista ardiente, que ora en la escabrosa senda de la ciencia, ora en la arena periodística, ha recogido tan señalados triunfos. En él se mira perfectamente retratado el tipo noble y distinguido del colombiano; en él vemos esa precocidad que tanto y tanto nos admira á los hijos de la vieja Europa.

En una biografía publicada en *El Correo diplomático* por el conocido escritor francés M. Pradier-Foderée, que hemos tenido el gusto de traducir é insertar en un diario de esta capital, vemos que Torres-Caicedo era á la edad de diez y siete años el redactor de fuerza de *El Progreso* y de *La Civilización*, y que sus artículos á pesar del entusiasmo juvenil que los trazaba, contenían sólidas doctrinas y filosóficos conceptos, que descubrían al hombre de hoy—al filósofo profundo—al político eminente.

Religion, patria y amor es el título de su obra poética y en ella se encierra todo cuanto de hermoso y grande guarda en su seno;—la *religion*, que nos enseña un más allá de premios y castigos; la *patria*, esa tierra donde se mece nuestra cuna, adormeciéndonos el amoroso beso de una madre—el *amor*, idealizado por los primeros años de la juventud. Es religioso sin intolerancia—patriota sin exclusivismo. El amor en sus poesías es un concierto del espíritu y del corazón, que exalta las facultades en vez de rebajarlas; á sus ojos, lo bello y lo santo es, sin duda, el objeto del amor; la armonía, su principio y su fin, pero parece tener en ménos la belleza corporal que la armonía intelectual, las gracias del pensamiento y la profundidad de los sentimientos.

Tal es en mi concepto Torres-Caicedo. Hijo de un sabio no quiso desmentir su origen, y se aplicó con ardor al estudio. Los primeros años de su juventud fueron penosos, pero animados por brillante éxito. Sólidos estudios clásicos, coronados por la lectura profunda de los filósofos antiguos y modernos, le prepararon á la ciencia jurídica. La brillantez con que sostuvo la tesis le valió, al salir de los exámenes solemnes, un testimonio de satisfacción de parte de los miembros del cuerpo diplomático de Gogotá.—Así la diplomacia, que debía llenar su vida, venia á saludarle al principio de su carrera.

Manifestado, aunque sucintamente, el carácter predominante de Torres-Caicedo; expuestos algunos rasgos biográficos suyos, solo nos resta, antes de entrar en el breve examen de sus versos, decir que ha publicado varias obras sobre filosofía, legislación y política, y que hoy día es ministro plenipotenciario de la República de San Salvador, cerca de los gobiernos de Inglaterra, Francia y Bélgica.

Torres-Caicedo es ántes que todo un poeta de fé. Ese sentimiento le inspira sus más bellas armonías. *Filosofía cristiana* y *El olvido* pueden servir como ejemplo. El poeta se rebela contra el ateísmo que todo lo destruye y materializa, y meditando sobre la futura suerte del hombre, exclama:

"Yo tengo un alma, emanación divina
que brillantes destinos me revela;
y ese mágico mundo porque anhela,
más allá de la tumba alcanzará.

Si lo verá fulgente dilatarse
entre focos de luz inagotable,
y el canto del arcángel adorable,
al son del arpa de David oirá."

Qué sentimiento tan noble y delicado! Qué expresion

tan fácil! Lástima que afeen esta magnífica estrofa los aconantes que dejó señalados. Este pequeño descuido es imperdonable en Torres-Caicedo, que con tanto acierto maneja el habla castellana.

Después, en otra composición no menos notable, llora el poeta la pérdida de sus ilusiones, y en armoniosos versos lamenta su pasada felicidad.

"Pasaron, ¡ay! tan deliciosas horas cual dulce sueño que á la mente arrulla, como la arita que arrebató el viento, como del mar la vaporosa bruma!

Yo no sé por qué, siempre que leo las poesías de Torres-Caicedo, vienen á mi memoria en confuso tropel y abigarrado conjunto, algunas páginas de *Jocelyn*, otras del *Manfred*, de las *Orientales* y de alguno que otro poema de Henri Heine. Y es que Torres-Caicedo ha hecho un estudio serio de todos estos poetas, y en sus bellísimas inspiraciones guarda el mejor acento de cada uno de ellos, probándonos con esto que tiene un gusto literato muy superior á todo encomio. Procurar asemejarse á los maestros del arte no puede constituir un defecto.

En el tomo de poesías de que me voy ocupando encuentro los nombres de Jules Janin, de Zorrilla, de Castelar y de otros poetas y literatos distinguidos. Ante tantos autorizados nombres ¿no fué en mí sobrada falta de modestia emitir un juicio crítico? Perdóname Torres-Caicedo si en ello cometí pecado literario alguno, y tenga en cuenta el amigo lector, si le pareciere desaliñado el presente artículo, que las ocupaciones periodísticas no conceden tiempo, no ya para mayor y más detenido examen crítico, sino para corregir esto que mi pluma va trazando á toda prisa sobre el papel.—Hoy que *se vive al vapor*, debemos escribir como vivimos.

G. DEL V.

HISTORIA DE UNA PULGA.

(RECUERDOS ÍNTIMOS DE UN CRÍMEN).

I.

Nací bajo las blondas de una almohada.

Adiestrada en saltar y brincar para verme libre de las manos que me persiguen, seguía á mi madre hasta dentro de los baules y roperos, y de camisa en camisa, de pliegue en pliegue, ora escondida entre los entredoses, ora huyendo entre las costuras de un colchón he pasado una corta vida entre sobresaltos y martirios.

Mi madre, que ya no me podía alimentar por más tiempo, me entregó á los rigores de la fortuna.

Apénas contaba cuarenta días tuve necesidad de acometer por mi cuenta, aguzando mis dientes, á las personas que tenían mejor sangre y regalar con ella mi fino paladar, á cambio de morir un día estripada entre dos uñas ó aplastada por la suela de un zapato.

A la verdad, mi porvenir era algo triste y yo no podía estar tranquila: á cada momento me asaltaban temores y angustias que me tenían largos ratos agobiada bajo el remordimiento de mi conciencia. No era justo que yo molestara á nadie martirizándoles con mis agudos dientes y robando la sangre que no era mía; pero tenía necesidad de alimentarme y el deber de buscar mi alimento. ¿No busca el hombre el suyo á costa de la vida de infinidad de animales? ¿Se apiada el hombre del ave, que á nadie ofende, del pez, que huye de todos? Yo soy más caritativa, que no mato á nadie y me conformo con robar unas cuantas gotas de sangre. Y sin embargo tengo miedo. ¿Como que he de vérmelas á cada instante con la fiera mayor de la tierra!...

II.

Así discurría la tímida pulga cuando el hambre la asediaba. Desde el día anterior estaba sin comer. ¡Cuarenta y ocho horas sin morder á un mortal!... ¡Era bastante para un animal tan chico! Un hombre no hubiera hecho otro tanto. No había, pues, motivos justos para acusar al pequeño animal del vicio de la gula, y, por el contrario, se había alimentado hasta entonces para vivir, imitando en esto á los filósofos austeros que viven en la más rigurosa senda de la verdad científica.



6. Botón para la pasamanería número 1.



7. Botón de pasamanería y azabache.



8. Botón de pasamanería y azabache.



12. Cifra para pañuelos.



13. Adorno de cordón y azabache.



14. Estrella de crochet y cinta para el acerico núm. 14.



15. Estrella de crochet para el acerico núm. 15.



9. Botón de crochet y azabache.



10. Botón de crochet y azabache.



11. Botón de pasamanería.

Héme aquí entre los pliegues de una sábana aguardando la hora de la cena, con una impaciencia singular. ¡Qué apetito siento! Quiera Dios que baje pronto mi huésped.

¡Valiente jamona de treinta años!

¡Y qué sangre tan dulce tiene!

Me llevo tragada la mitad de la de su cuerpo, y eso que su mano no me deja sosegar un momento. Parece un abanico de tonta. Cada guantazo que se arri-ma enciende yescas.

Yo me río como una simple viéndola saltar y brincar á causa de mis dentelladas.

Pero, ay! le tengo cogidas las mañas y es muy difícil que me retuerza.

Siento pas s... Ya está aquí! ¡Los dientes se me hacen agua!... Qué placer!... En cuanto clave los bordes endentados comienzo á chupar hasta que no le quede una gota de sangre en su cuerpo.

Ya se desnuda!... Hoy como para ocho días! ¡Qué

seca tengo la boca! La verdad es, que si hoy no como soy víctima de la abstinencia y quedo más delgada que una ceba.

Ya está desnuda.

Esta noche me como la canilla izquierda.

Oh!... Me busca!... Qué risa!... Será estúpida! ¡Pone la luz en el suelo!... Se afloja la camisa!... ¡Mira las costuras y entredoses!... ¡Jál!... jál!... jál!... jál!... ¡Como que yo iba á estar en su ropa esperándola! Eso es bueno para las chinchas.

Apaga la luz!... Ea, preparémonos para comer!... ¡Aquí viene!

Uy cómo se rasca al entrar entre las sábanas!

Tiemblo de gusto sin poderlo remediar.

¡Valiente noche te espera, con las ganas que tengo de comer!

III.

Y la pulga, suspendiendo su monólogo, salió muy queda de entre los pliegues de la sábana, en dirección á las piernas de su huésped.

Al principio no se atrevía morderla, pero después, dando vueltas de una parte á otra del fémur inferior se abrió de patas, hincó la cabeza, y como si todo aquel sér humano le perteneciera, abrió la boca y comenzó á devorar. Daba pena ver al pobre animal! Tenía, era cierto, más ganas de comer que un maestro de escuela, y dispárenos la comparación. Su cuerpo, estenuado por la falta de alimento, iba engordando por momentos. La sangre circulaba por todas sus arterias, y en el estómago apenas si le cabía ya me lia gota. Parecía á un chivo de dos madres, por su hermosa barriga.

Había estado devorando más de media hora, en tanto que su huésped despertaba del primer sueño, cuando la pulga sintió un ruido aterrador.

Estaba comprimida entre dos dedos, que la restregaban de una parte á otra, haciéndola sufrir horrosamente.

La huésped, contenta de tener preso al pequeño animal, exclamó con aire satisfecha:

— Qué ruido me has dado toda la noche!

La pulga, que ya no podía resistir la presión que sobre ella ejercían aquellas fatales falanges, espiró derramando por la boca parte de la sangre que momentos antes robaba á su cruel verdugo.

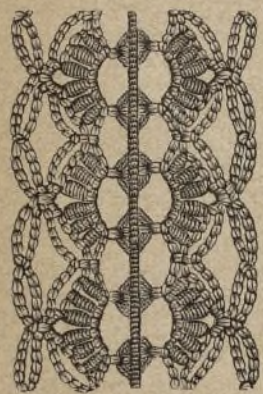
La huésped en tanto, sacó la mano por entre las sábanas, arrojó el cadáver sobre la alfombra que tapizaba el suelo del dormitorio, y dándose la vuelta se entregó de nuevo al sueño, sin que su conciencia le arguyera por el asesinato que acababa de ejecutar.

Hay personas que no tienen conciencia.

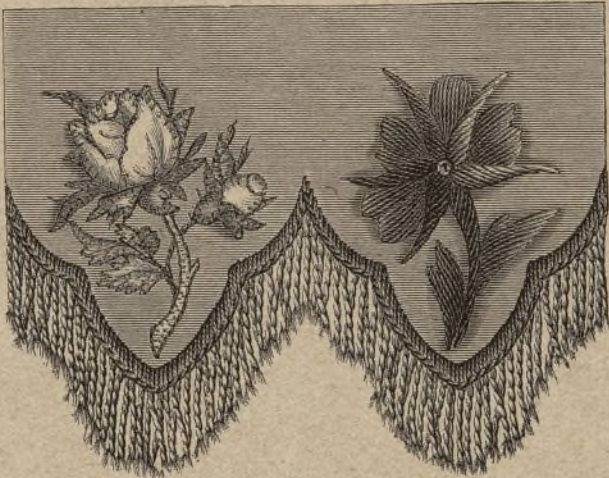
IV.

Así concluyó sus pocos días de vida el pequeño animal cuyo delito consistía en buscar su alimento.

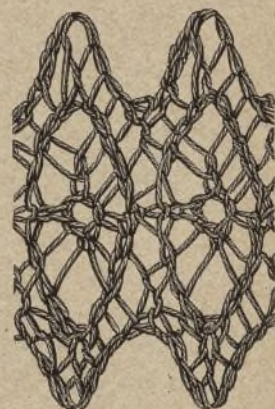
Nosotros que recogimos estos datos en el misterio de la noche, los con-



18. Entredós de crochet y trenzalla.



17. Lambrequin para estantes, canastillas, etc.



22. Entredós de punto de aguja para la capucha núm. 22.



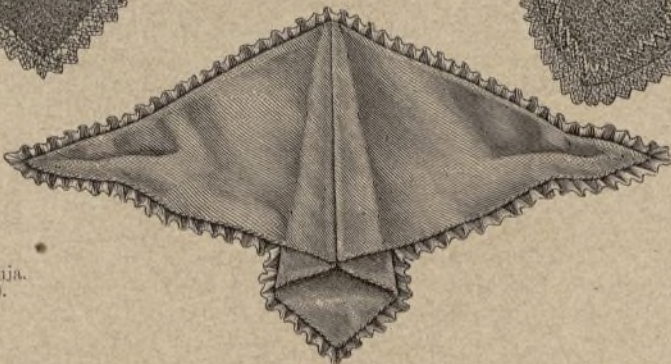
19. Capucha de punto de aguja. (Véanse los núms. 20 á 22).



16. Acerico. (Véanse los núms. 14 y 15).



20. Capucha de punto presentada por detrás.



21. Modo de plegar la capucha número 19.



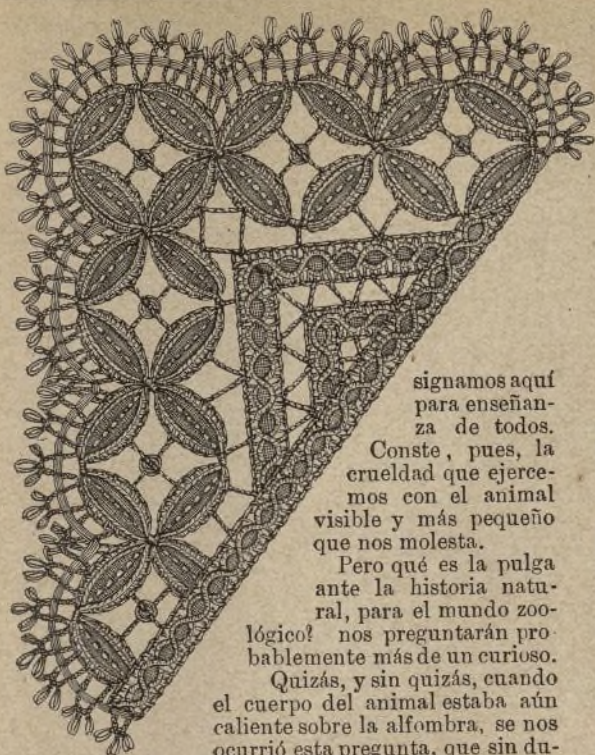
PL. 220.

1120

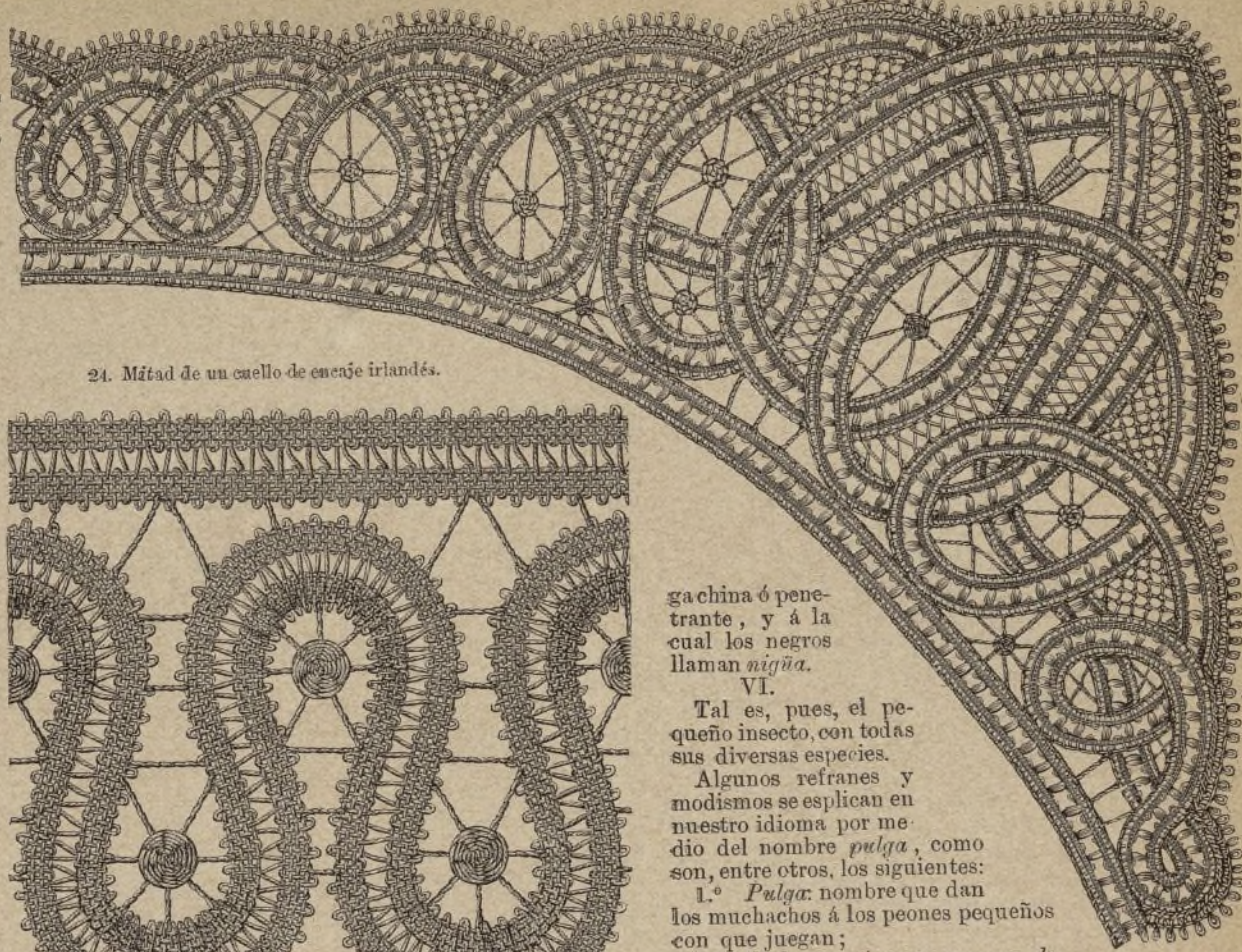
EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim, 11, 3.

Ayuntamiento de Madrid



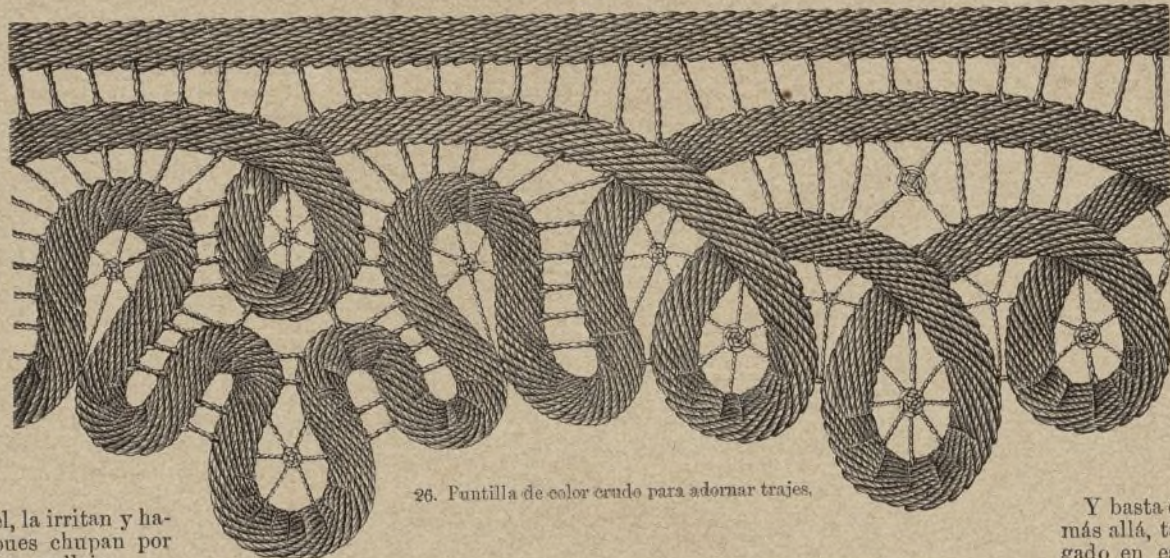
23. Cuello de encaje irlandés.



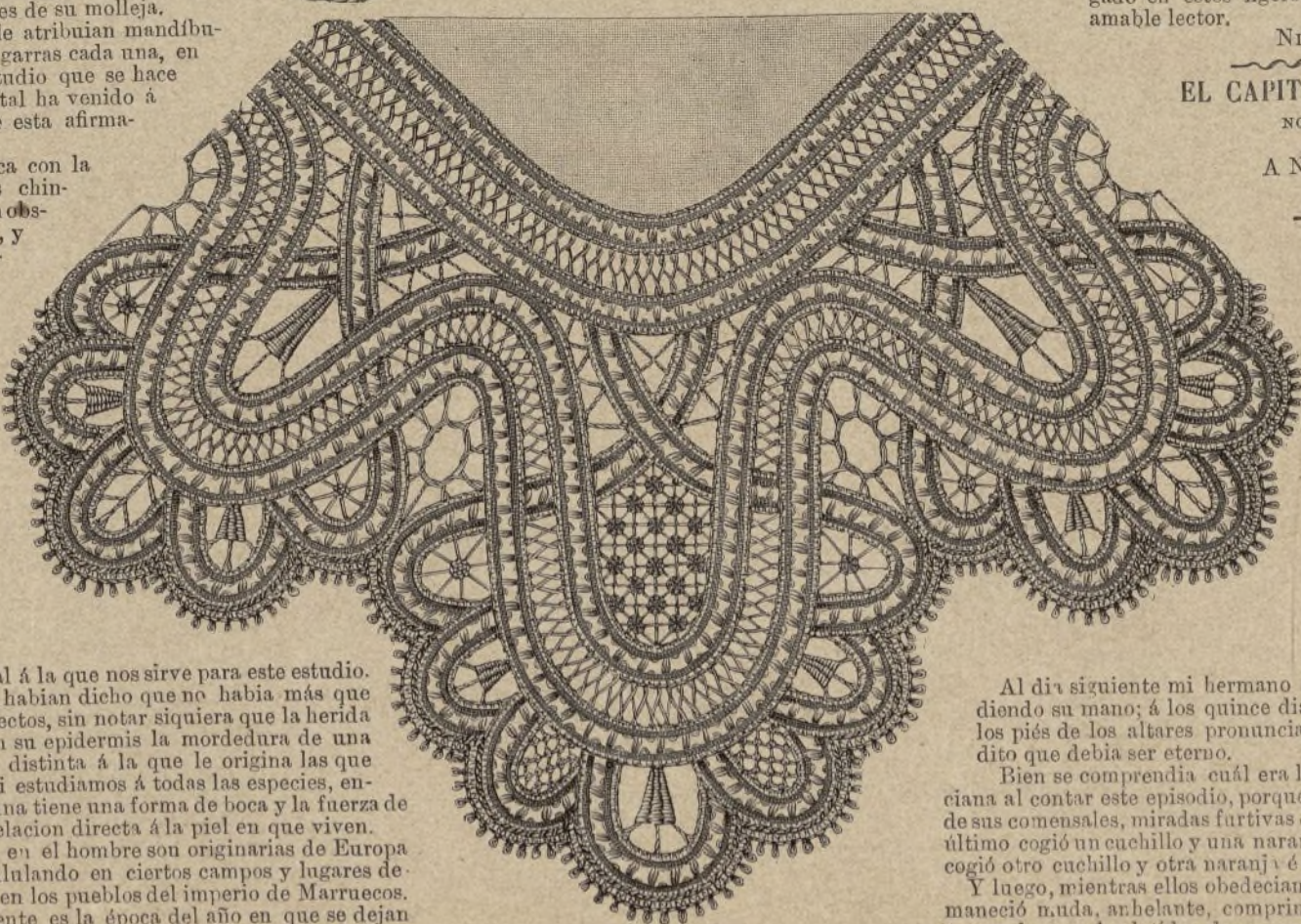
24. Mítad de un cuello de encaje irlandés.



25. Puntilla irlandesa con cinta color crudo para adornar tónicas.



26. Puntilla de color crudo para adornar trajes.



27. Pañuelo de encaje irlandés.

Ayuntamiento de Madrid

signamos aquí para enseñanza de todos. Conste, pues, la crueldad que ejercemos con el animal visible y más pequeño que nos molesta.

Pero qué es la pulga ante la historia natural, para el mundo zoológico? nos preguntarán probablemente más de un curioso.

Quizás, y sin quizás, cuando el cuerpo del animal estaba aún caliente sobre la alfombra, se nos ocurrió esta pregunta, que sin duda alguna nos hará, y recojiendo cuidadosamente aquel cadáver entre nuestros dedos, le colocamos sobre nuestra mesa de escritorio, le pusimos sobre él el microscópio para estudiarlo con el auxilio del cristal.

Digamos, pues, lo que aparece á nuestra vista.

V.

La pulga es un insecto pequeño, de color pardo oscuro, con la cabeza vellosa y pequeña, el hocico grueso y agudo, tiene seis patas ó piernecillas y en cada una tres junturas, diversamente articuladas, como las del langosto, con cierta especie de muelle muy delgado, pero tan fuerte, que por su medio da un salto doscientas setenta y cuatro veces mayor que el tamaño de su cuerpo.

Este insecto es del género de los sifonápteros, caracterizados así muy justamente, por tener la boca compuesta de dos palpos formados de cuatro artejos y de un estuche articulado que sostiene por debajo dos láminas endentadas en dos bordes casi imperceptibles, los cuales son, al decir de naturalistas autorizados, los principales agentes de las picaduras que causan estos; con ellas penetran la piel, la irritan y hacen afluir la sangre que despues chupan por efecto de las contracciones de su molleja.

Algunos naturalistas le atribuyen mandíbulas horizontales, con dos garras cada una, en sus extremos; pero el estudio que se hace hoy con auxilio del cristal ha venido á enseñar lo infundado de esta afirmación.

La pulga se multiplica con la misma rapidez que las chinches, si no se opone algun obstáculo á su propagación, y sus larvas, que son ápodas y ciegas, viven en las inmundicias.

Comprende este insecto una variedad de 27 especies, que viven en su mayor parte parásitas en algunos animales alimentándose de su sangre. La que vive en el cerdo es la más hasta de todas las especies, distintas en sí á la pulga irritante que vive solamente en el hombre, constituyendo por sí sola una especie de insecto del género pulga igual á la que nos sirve para este estudio.

Algunos naturalistas habian dicho que no habia más que una especie de estos insectos, sin notar siquiera que la herida que causa al hombre en su epidermis la mordedura de una pulga de cerdo es muy distinta á la que le origina las que en él son parásitas, y si estudiamos á todas las especies, encontraremos que cada una tiene una forma de boca y la fuerza de sus estúches están en relacion directa á la piel en que viven.

Las pulgas parásitas en el hombre son originarias de Europa y del N. de Africa, pululando en ciertos campos y lugares desaseados, mayormente en los pueblos del imperio de Marruecos.

El otoño principalmente es la época del año en que se dejan sentir más sus picaduras, á causa de que necesitan para vivir un calor más sostenido del que les ofrece la temperatura.

En América se conoce tambien otra especie denominada pul-

ga china ó penetrante, y á la cual los negros llaman *nigua*.

VI.

Tal es, pues, el pequeño insecto, con todas sus diversas especies.

Algunos refranes y modismos se esplican en nuestro idioma por medio del nombre *pulga*, como son, entre otros, los siguientes:

1.º *Pulga*: nombre que dan los muchachos á los peones pequeños con que juegan;

2.º *Cada uno tiene su manera de matar pulgas*: refran que esplica la variedad de génios y modos particulares que cada uno tiene para discurrir ó ejecutar alguna cosa;

3.º *Echar la pulga detras de la oreja*: decir uno alguna cosa que le inquiete y desazone;

4.º *Hacer de una pulga un camello ó un elefante*: motejar á los que ponderan los defectos ajenos;

5.º *Tener pulgas ó malas pulgas*: ser demasiado sufrido, vivo é inquieto en el génio, ó ser mal sufrido y resentirse con facilidad;

6.º *Sacudirse las pulgas*: cuando uno no quiere aceptar ningun cargo que trae responsabilidades;

7.º *No sufrir pulgas*: ser severo hasta el punto de no aguantar que nadie le incomode ó le falte; y,

8.º *Echar las pulgas á otro*: cuando achaca á otros actos que los demás le atribuyen.

Y basta de pulgas, que nos hemos extendido más allá, tal vez, de lo que convenia haber llegado en estos ligeros apuntes. Dispénsenos el amable lector.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—Mi hermano salió triunfante de la prueba, repuso Raimunda, y presentó á la que debia ser su esposa, otra naranja y otro cuchillo.

Ella, la pobrecilla, empezó á temblar; pero fué tan afortunada que sacó tambien la cáscara entera. Entonces mi hermano cruzó las dos cáscaras, y fijó en ella sus ojos llenos de ansiedad y de duda. Tu madre se puso más y más encendida, bajó la cabeza y dejó escapar un suspirio.

Se habian comprendido.

Al día siguiente mi hermano se presentó á la familia pidiendo su mano; á los quince dias eran esposos; pero solo á los piés de los altares pronunciaron sus labios aquel sí bendito que debia ser eterno.

Bien se comprendia cuál era la intencion de la buena anciana al contar este episodio, porque fijaba ya en uno, ya en otro de sus comensales, miradas furtivas de temor y de esperanza. Por último cogió un cuchillo y una naranja y se lo presentó á Pablo, cogió otro cuchillo y otra naranja y le hizo á Marta igual presente.

Y luego, mientras ellos obedecian á su tácita invitacion, permaneció muda, anhelante, comprimiendo hasta el aliento, por temor de que los latidos de su corazon agitasen la mesa y los brazos de Pablo y Marta, exponiéndose á cortar con aquella frágil cáscara la esperanza de su vida.

Peró las cáscaras no se quebraron.

Entónces Raimunda las cogió precipitadamente, las enlazó como lo había hecho en otro tiempo su hermano, y soltando un grito de triunfo, envolvió en una sola tiernísima mirada aquellos dos seres tan queridos de su alma.

Ambos bajaron los ojos trémulos, confusos, avergonzados; pero saboreando en silencio mil embriagadoras emociones.

La buena anciana creyó que con esto había bastante. Parecióle que estaban tan casados como si se hubiesen arrodillado al pie del ara, y ya tranquila con respecto al porvenir, disipadas ya las funestas sospechas que la habían agobiado algunos momentos antes, se levantó discretamente de la mesa y salió de la estancia pretextando la necesidad de dar algunas órdenes, para que aquellos dos corazones pudieran acabar de confundirse en uno solo.

Peró cuando volvió todo había cambiado.

Cuando volvió, Pablo estaba lívido y convulso y los ojos de Marta inundados de lágrimas. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿que génio maléfico había logrado destruir su obra?

Así como la blanca nubecilla que aparece de improviso en el sereno cielo determina la tormenta, una palabra indiferente, una burlona sonrisa, determinan las borrascas morales en las que suelen naufragar los amantes corazones.

Pablo al ir á hacer la dulce confesion que se desbordaba de su pecho, había visto sobre el de Marta el ramito de violetas que Gabriel la había dado la noche antes, y la palabra ardiente y aprisionada espiró en sus lábios, convirtiéndose en una palabra irónica y amarga.

Marta, que no adivinaba la causa que había podido motivar aquella palabra inoportuna, contestó con una dulce queja, que á Pablo le pareció un sarcasmo; y así, de palabra en palabra, de queja en queja, llegaron á un rompimiento, sin que ninguno de los dos acertase á comprender por qué medio había llegado á él, cuando su corazón rebosaba de ternura.

Entónces Marta, abrumada por el horrible é imprevisto desengaño, hallándose como el que cayendo de una elevada y florida cima queda suspendido sobre un profundo abismo, alzó los ojos al cielo y creyó ver la mano de Dios que la empujaba, para que aleccionada por aquella catástrofe repentina, cumplierse el solemne juramento que había hecho la víspera de partir y salvar á Susana, aunque fuese á costa de los mayores sacrificios.

—Supuesto que no soy amada, que nunca seré amada, se había dicho la jóven á sí misma, justo es que consagre mi inútil vida á tan noble objeto.

Y acto continuo formuló su pensamiento de abandonar aquella casa-hospitalaria por algunos días.

Esto puso el colmo á los celos y á la desesperacion de Pablo, que creyó verlo todo claro cuando estaba más sumido entre tinieblas.

En aquel momento supremo llegó Raimunda.

—¡Tía! exclamó Pablo con los ojos chispeantes de cólera, Marta nos deja!

Raimunda quedó como petrificada al oír aquella extraña noticia.

—Nos dejá! balbuceó fuera de sí: cómo? por qué?

—Nada más natural, se apresuró á decir Marta. Mis hermanos de adopción reclaman hace mucho tiempo mi presencia en Soria. El mayor quiere que sea madrina del hijo que va á concederle el cielo, se lo he prometido y estoy resuelta á cumplir mi promesa....

—Nunca nos has hablado de esto, respondió Raimunda con voz alterada, y aun recuerdo que en la última carta de tu hermano que me diste á leer, no hablaba una palabra de semejante pretension.

—Tía, exclamó impetuosamente Pablo, para quien cada una de las palabras de la seacilla anciana era un dardo acerado que le traspasaba el pecho, cese V. en ese ridículo interrogatorio. Marta es libre de hacer cuanto la plazca, y nosotros debemos aceptar sin murmurar sus decisiones.

El tono con que fueron pronunciadas añadía nueva dureza á estas duras palabras.

Toda la altivez de Marta se sublevó al oírlas, pareciéndola que envolvían una despedida.

Nada respondió sin embargo.

Levantóse de la silla en que estaba sentada al lado de Pablo, y se dispuso á salir del aposento.

—Y te marcharás sola? exclamó Raimunda traspasada de dolor.

—Diez y siete años tenía cuando fui sola de Soria á la aldea, dijo Marta con amargura. Las muchachas que como yo carecen de posicion y de familia, están exentas de sujetarse á las trabas que impone la sociedad á otras personas más favorecidas por la suerte.

Levantóse al decir esto, tomó una luz, y se retiró á su cuarto.

Pablo y Raimunda quedaron mudos é inmóviles, mirándose el uno al otro, y sin que ninguno de los dos acertase á formular su pensamiento.

—No comprendo á Marta esta noche, dijo por fin Raimunda. Hace poco estaba trémula, conmovida....

—Hace poco, interrumpió Pablo con explosion dolorosa, V. la comprometió tácitamente, anudando las dos cáscaras de naranja. Ella quiere ser libre, y huye para evitar una declaracion desagradable.

Las mejillas de la pobre anciana se cubrieron de púrpura. Su subterfugio, por el que estaba tan orgullosa algunos momentos antes, precipitando los sucesos, había dado un resultado completamente opuesto á sus deseos.

Peró la lógica de Pablo le pareció justa y nada halló que responder á ella.

—Entónces, balbuceó en voz baja, me he engañado y hace muchos años que me engaño!

—Sí, tía, exclamó Pablo fuera de sí, levantándose con ímpetu y cogiéndola ámbas manos. Nos hemos enañado los dos! Pida V. al cielo que me dé resignacion y fortaleza!

—Y crees tú que ame á otro? preguntó Raimunda lentamente, como si cada una de estas palabras la abrasase la garganta.

—¡Sí, respondió Pablo en voz baja, ama á otro que es más jóven que yo, que es más bello que yo, que es más rico que yo! Háganse su voluntad y la de Dios, aunque yo tenga que vivir muriendo en este mundo!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho de la anciana y prorumpió en sollozos.

Quien le hubiese visto con su elevada estatura, con su noble continente, con su cabellera platada, llorar y sollozar como un niño, se hubiera sentido profundamente conmovido. Parecía un árbol gigantesco derribado por el rayo, y que yace en el suelo ostentando su ramaje lleno de sávia y lozanía.

—Hijo! exclamó Raimunda deshecha en lágrimas, por Dios cálmate, tranquilízate por Dios. Esto no puede quedar así. Yo necesito oír la verdad de sus propios lábios. Yo la hablaré, la interrogaré, haré que ella misma pronuncie la sentencia.

—¡Oh, no! interrumpió Pablo con viveza; no lo haga V., Marta carece de familia, hace seis años que vive á nuestro lado. V. es para ella una madre, yo soy un hermano. Lazos de gratitud y de cariño la unen á nosotros, y estos lazos quizás pesarian en la balanza para arrancarla una respuesta favorable. No, tía, no. Que sea libre en su eleccion, que no sepa que yo sufro, que yo muero. Labre ella su dicha, esto es lo único que pido!

Y mientras tía y sobrino permanecían estrechamente abrazados, confundiendo sus lágrimas y suspiros, la luna seguía su curso magestuoso, sin cuidarse de los que dormían, sufrían ó lloraban, que no se cuidan los astros por estar tan altos de los pigmeos que pululan sobre la tierra.

La luna solo se cuidaba de sostener su titánica batalla, cada noche renovada, con las sombras jactanciosas y atrevidas.

Apenas las desalojaba de un soto, corrian á extender sus negros crespones sobre la llanura, y si ella iluminaba las cimas de los montes, se replegaban sobre las vertientes, y desde allí, paso á paso, iban subiendo hasta invadir la enhiesta cumbre.

Entónces no era Pablo el que seguía con distraída mirada los combates de los rayos y las sombras; era Marta, Marta, que sentada junto á la ventana de su cuarto, meditaba con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos.

Tambien Marta amaba con una pasion profunda, inmensa, inextinguible; pero no como creía Pablo al jóven alegre, bello y rico, sino al hombre encorbado bajo el peso del trabajo, encanecido en la meditacion y el estudio.

Marta, formada de abnegacion y ternura, se sentía siempre atraída hácia el sufrimiento, hácia las lágrimas. Cifraba su orgullo en redimir, en proteger, en salvar; cifraba su felicidad en inmolar su vida, su gozo, su porvenir en aras de otros seres que carecian de sonrisas, de placeres....

Hacia como el sol, que se complace en esclarecer, en vivificar; hacia como la lluvia, que se complace en humedecer los secos surcos para que broten de ellos la vida y la alegría.

Este había sido el origen del amor que profesaba á Pablo. Peró Pablo luego se había enaltecido, se había adornado con mil bellos y varoniles atributos. Pablo se había enaltecido; pero había sido su soplo vivificador el que le había prestado alas para remontarse al cielo. Y por esto le amaba luego como ama el artista á su obra, como ama el legislador á la patria, á la que ha hecho feliz con sus sabias leyes.

Marta, no obstante, había esperado en vano durante seis años á que aquel hombre, comprendiendo el fuego

que la devoraba, la concediese el dulce título de esposa, que ella hubiera comprado aun á costa de su vida.

Ser su esposa como ella lo entendía: esto es, ser la carne de su carne, el alma de su alma, la honra de su honra. Adquirir el santo derecho de enjugar sus lágrimas, compartir sus penas, velar á su cabecera si estaba enfermo, acompañarle sin cesar en la áspera senda de la vida.

Habian pasado seis años, y nadie la había traído la buena nueva anhelada.

Por qué?

Ella tambien no había fundado sus esperanzas en el aire. Ella había visto los ojos de Pablo iluminarse con la llama del amor al fijarse en su semblante; ella tambien había notado en el timbre de su voz, cuando la hablaba, mágicas inflexiones; ella tambien había sentido temblar su mano con estremecimientos voluptuosos, cuando por azar la cogía entre las suyas.

Peró por qué no hablaba? Mil veces había aguardado convulsa y palpitante la palabra bienhechora, y había pasado el momento de suprema emocion, y la dulce palabra no se había pronunciado. Marta había pasado mil veces de la esperanza al desaliento, había luchado para ahogar en su corazón aquel amor no compartido, y se había encontrado vencida en el momento mismo de creer que iba á ser vencedora de sus propios sentimientos.

¿Qué jóven corazón embriagado por un amor puro y exclusivo, no ha experimentado estos desfallecimientos, estas inefables esperanzas, no ha agotado sus fuerzas en estas luchas, impotente siempre para triunfar y hallando un voluptuoso placer en su derrota?

Marta había gozado y había sufrido mucho en aquellos seis largos años; había compartido alternativamente las alegrías de los serafines y los sombríos tormentos de los condenados.

Estos últimos eran los que apuraba en aquella triste noche, en la que en un instante había visto entreabrirse el cielo y se había hallado desplomada en el abismo.

¿No había provocado Raimunda con admirable delicadeza una revelacion suprema? ¿No había anudado Raimunda sus destinos con aquel perfumado lazo, símbolo del lazo indisoluble que debía unirlos al pie de los altares? ¿Por qué lejos de aprovechar la ocasion que se le ofrecía, Pablo la había dirigido palabras duras, palabras llenas de saña inexplicable? ¿No era esto manifestarla que jamás, nunca jamás, debía embriagarse con aquel plácido sueño que formaba su delicia? ¿No era decirle esplicitamente, que debía renunciar para siempre á la idea de que fuese su mano la que ciñese á su frente la blanca corona de las desposadas?

Las mejillas de la altiva jóven se cubrian de púrpura al hacer estas amargas reflexiones, su orgullo ofendido la dictaba mil propósitos extraños.

—Basta ya de vacilaciones y de dudas, se decía á sí misma; basta de cobardes debilidades. Debo arrancarme del corazón este amor que me hace esclava, y para arrancarle es preciso que huya de él, que me sustraiga al encanto de su voz, al fuego de sus páfidas miradas.

Ni por un instante se ofreció á su acalorada fantasia la idea de que los celos hubiesen podido determinar la conducta de Pablo.

Y no obstante, si hubiese descendido al secreto de su corazón, si hubiese examinado escrupulosamente su conciencia, no se hubiera encontrado tan sin culpa como ella imaginaba.

Nadie es buen juez en causa propia, y Marta tampoco no lo era.

Marta no era coqueta en la acepcion literal de esta palabra; ni se había enorgullecido con el amor de Gabriel, ni jamás había pensado en servirse de aquel amor para estimular el de Pablo ó vengarse de sus desdenes. No, nada de esto había hecho deliberadamente: su corazón y su pensamiento no se habían manchado jamás con estos bajos sentimientos, con estos manejos rastreros.

Peró hay en la mujer una coquetería innata, una coquetería inconsciente, tan natural en ella como el perfume que exhalan las flores, como los rayos que despiden las estrellas. Ha nacido para agradar, y á pesar suyo, sin darse cuenta de las sensaciones que inspira, coadyuva á robustecerlas por cuantos medios ha puesto á su alcance la naturaleza. La vírgen inocente que se sorprende y asusta de la declaracion que no cree haber provocado, la casta esposa que se indigna al escuchar una palabra indiscreta, si descendieran de buena fé en el santuario de su alma, tal vez hallarian la absolucion de los culpables. Tal vez recordarian la palabra imprudente, la lánguida mirada que han encendido el fuego que las aterra.

Esto es lo que le había sucedido á Marta. No amaba á Gabriel, jamás su imágen se había ofrecido á sus ojos en los momentos de insomnios amorosos; jamás su nombre había hecho palpar su corazón; jamás la idea de hacer sufrir á Pablo se había presentado á su espíritu. ¿Por qué había aceptado el ramo que Gabriel la había

ofrecido la noche ántes con un movimiento apasionado? ¿Por qué lo había colocado sobre su corazón y lo había conservado todo el día en aquel lugar privilegiado? Si se lo hubiesen preguntado, Marta no hubiera sabido qué responder. Lo había hecho instintivamente, y sin darse á sí misma cuenta de que alentaba una esperanza, y de que su acción envolvía una promesa.

El corazón humano tiene de este modo misterios insondables, inconcebibles flaquezas, de las cuales no están exentos ni aun los santos. Angel y réprobo á la vez, refleja los fulgores del cielo y los fulgores del abismo; pero Dios, y á imitación suya el hombre bueno y sabio, perdona estas debilidades inherentes á su frágil naturaleza, como á las espléndidas rosas las espinas que las cercan.

Sea como se quiera, Marta que no se creía culpable, Marta cuyo orgullo se sublevaba á la sola idea del desaire recibido, acabó por postrarse de rodillas y pedir á Dios que la diese fuerzas para romper aquellos lazos mágicos que la tenían cautiva y volar á cumplir la noble misión que la había confiado.

Y así, orando y llorando, la sorprendió la aurora. Y llorando y orando sorprendió la aurora á Pablo. Y la aurora, tan indiferente como lo había sido la luna, llenó el universo de nítidos fulgores, lo llenó de plácidos murmullos, sin cuidarse un punto de los míseros mortales que lloraban ó dormían. Y mientras tanto la fortuna dió vuelta á su incansable rueda. ¡Ah, los que pierden la ocasión de asirse á ella, no suelen volver á hallarla nunca!

X.

LA INTRIGA.

Era el anochecer del día siguiente, y la fábrica estaba engalanada como si debiese efectuarse en su recinto una gran fiesta, pues entre las guirnalda de enredaderas que decoraban las ventanas aparecían fanalitos de colores, que, cuando la noche tendiese el negro manto, debían brillar como brillan las estrellas en el firmamento.

En la parte posterior del edificio, en el extenso huerto en donde Raimunda cultivaba sus legumbres, se habían levantado varios templete cubiertos de enramada é improvisados bosquecillos llenos de macetas de flores que daban al aire sus perfumes.

Habíanse colocado en los templete largas mesas cubiertas con blanquitos manteles, y en los bosquecillos los atriles de los músicos que más tarde debían llenarlos de armonías.

Los trabajadores iban y venían vestidos con sus galas de los días de fiesta: los unos daban el brazo á su esposa ó á su madre; los otros conducían de la mano á sus hijos pequeñuelos.

En el semblante de todos reverberaba el gozo de sus almas; gozo apacible, sin mezcla de inquietud ó de remordimiento.

A veces se reunían en grupos y empeñaban discusiones acaloradas; pero sin mezclar á sus palabras blasfemias ni juramentos; á veces paseaban dos á dos hablando de su bienestar presente, de los ahorros que habían reservado para su vejez, del porvenir de sus hijos, de sus domésticos placeres.

Era un espectáculo grato el que ofrecían á la vista aquellos hombres rudos, endurecidos en el trabajo y la fatiga, ostentando su camisa más blanca que la nieve, su chaqueta de paño burdo sin un átomo de polvo, su cabello cuidadosamente peinado y su frente erguida como la lleva todo aquel que tiene nombre honrado, probidad sin tacha, satisfacción de sí mismo.

Pero ¿cuál era el acontecimiento que iban á solemnizar con tanto júbilo? ¿Qué fiesta era aquella que así tenía conmovidos y exaltados á los sencillos operarios?

Lo que solemnizaban eran las honrosas distinciones obtenidas por la fábrica en la Exposición universal. Clotilde lo había dispuesto así; había querido que aquella brillante fiesta fijase de un modo indeleble el recuerdo de tan próspero suceso, para que sirviese de estímulo perpétuo á los obreros; había querido que estos vieses premiado su trabajo y que comprendiesen que no hay ocupación humilde, que eslabonada con otras superiores no produzca gloriosos resultados.

Y había obrado cuerda y obrando de aquel modo: los operarios se sentían satisfechos y orgullosos de sí mismos: cada uno creía, y con razón, que la recompensa era debida en parte á su esfuerzo individual, y deseaba con ardor que llegase el día siguiente para proseguir su tarea, que ya no era solo lucrativa, sino también honrosa. Nada que se acerque á la perfección puede producir el hombre, si no le estimulan en su trabajo, cualquiera que éste sea, la fé y el amor propio. Cuando el hombre no atiende más que al beneficio material, se convierte en máquina, y su trabajo adquiere el sello de la imitación servil, que no discrepa jamás ni un solo punto del mode-

lo, que jamás adelanta un paso en la senda del progreso.

Clotilde había invitado á su consocio, é inútil es decir que D. Jerónimo desde el momento en que se cercioró bien de que la fiesta no le costaría ni un maravedí, no solo había acudido él con su familia y su vieja sirvienta, sino que había invitado á su vez á todos los vecinos del barrio.

La certeza de que nada debía costarle la fiesta, no impedía que anduviese de un lado á otro murmurando consigo mismo de aquellos inútiles gastos.

—Para qué sirven las flores? refunfuñaba en voz baja; para qué sirven los farolillos azules y encarnados? ¿para qué sirven los músicos? Para comer bien y brindar mejor no se necesita ninguna de estas cosas. Y la comida, ¿qué superfluidades?

Buenas tajadas de vaca con patatas, pan y vino común, era lo único que hacía falta.

En fin, ella lo paga y buen provecho; pero esas gentes nunca tendrán un cuarto.

El traje de D. Jerónimo, aunque era el de ceremonia, no podía sostener la comparación con los que ostentaban sus humildes operarios. Llevaba una camisa de hilo cuyo tejido había llegado á ser trasparente con el uso; un raído leviton de color de pasa, que le llegaba hasta los tobillos, y un sombrero de forma piramidal que no conservaba apenas rastro de su lustre primitivo. Eso sí, el leviton tenía unos bolsillos inmensurables. Era achaque en él llevar los bolsillos disformes, porque iba metiendo cuanto se encontraba al paso, clavos, pedazos de bramante y aún á veces las frutas que le daban para que las gustase, cuando iba á la plazuela. A la sazón le venían de perillas, porque como andaba dando vueltas mientras ponían las mesas, aquí cogía un bizcocho, allá una aceituna ó un pedazo de queso, y más allá una naranja ó un trozo de carne fiambre, que á todo daban cordial acogida sus bolsillos.

Cuando los hubo convertido en verdaderas áreas de Noé, se acercó á su mujer con aire misterioso y la dijo en voz baja:

—Ya tenemos postres para lo ménos quince días! ¡Se habían de tirar! ¡No puedes imaginarte cómo tratan los manjares más ricos y delicados! ¡Lo que se cae se cae, y nadie lo recoge!

Otras veces daba vueltas por el jardín y refunfuñaba al ver las mujeres de los trabajadores.

(Se continuará.)

LOS TEATROS.

En las pocas novedades teatrales que tenemos que consignar, colocaremos en primer término el espectáculo del Circo de Rivas, en donde el ánimo se recrea con los preciosos cuadros de *Illinor*, estrenado el día primero del corriente: la música es del maestro Hertel, y la composición de Taglioni, teniendo todo el movimiento indispensable y todo el lujo escénico, á que el Sr. Rivas tiene acostumbrado al público.

Los trajes son de una riqueza y una variedad maravillosa, pareciendo imposible que después de *Brahama*, pudiera inventarse nada nuevo en ese género.

Pero *Illinor* reúne todo; decorado, esplendidez, buen gusto y novedad.

La fiesta cosmopolita representada en el bailable del cuadro segundo, es justísimamente aplaudida, y los espectadores prodigan aun más bravos y aplausos al escuchar el repique de las castañuelas, que acompaña en sus giros á la señorita Guerrero.

Emilia Pinchiara se sobrepaja á sí misma en el paso á dos del cuadro segundo: es un modelo de gracia, lijereza y habilidad, y hay algo en ella que poetiza el paso que ejecuta desapareciendo la mujer y quedando en su lugar, un geniecillo vaporoso y fantástico que obtiene verdadera ovación.

Los bailables de las jardineras y de los velos son lindísimos, así como el de las napolitanas y la decoración del Vesubio, de bonito efecto: la apoteosis final es preciosa, y la empresa y el pintor escenógrafo Sr. Valls, deben estar satisfechos del éxito.

Si apesar del calor excesivo nos alhaga aún la idea de recorrer los teatros, penetremos en el artístico de Apolo, pero en cambio de la animación que reinaba aun no hace muchos días, solo encontramos la tristeza y la soledad.

Poco resultado ha dado el ingenioso cuentecillo *La caja del abuelo*, primero porque la estación es enemigo difícil para combatir, por más que el teatro del Sr. Gargollo sea fresco y espacioso, y sin duda debido á eso vimos tan escasa concurrencia en las últimas noches.

El inteligente empresario y hábil director D. Manuel Catalina, suspendió por consiguiente las representaciones ocupándose ahora en las obras de restauración que debe hacer en el teatro Español para la próxima temporada

teatral, que promete ser brillante á juzgar por las noticias que tenemos, y por algunas producciones que están ya como las crisálidas, para convertirse en mariposas: dos sobre todo pertenecen á un aplaudido autor dramático, y tal vez sean de las primeras que se pongan en escena.

En el teatro de Apolo actuará una compañía de zarzuela, entre cuyos artistas figura el simpático tenor señor Obregon y el conocido Sr. Sanz, siendo el empresario el Sr. Roca, y empezando la temporada con *El Molinero de Subiza*, que se pondrá en escena, con el mayor lujo.

También la empresa del elegante coliseo de Jovellanos se prepara para entrar en campaña; ánimo pues, y á luchar en la arena artística, dignísimo campo en donde podrá demostrarse todo el poder de la inteligencia y de la actividad.

Y siguiendo con nuestras investigaciones, seremos indiscretos revelando á medias un secreto para no quitar el placer de la sorpresa.

Trátase de un proyecto teatral, que á llevarse á efecto ha de sorprender al público por su novedad y buen gusto: artistas como Plá y Pellicer están encargados del decorado, y han salido para el Norte, á fin de tomar datos y recoger apuntes.

No decimos ni el nombre del teatro, ni citamos la empresa, aun cuando fácilmente nuestros lectores comprenderán quiénes son uno y otra.

Sensitiva, *La mascarita*, *La comedianta Rufina* y *El Señor de Cascarrabias* son las novedades habidas en el Retiro después de *El barón de la Castaña* y *D. Pompeyo en carnaval*, representados en esta temporada para el beneficio del conocido actor Sr. Carceller.

Las noches de concierto es un lleno completo, y las armonías bellísimas y siempre nuevas de *D. Giovanni* y los motivos dulces y sentidos de *La Gazza Ladra*, hacen soñar con lo ideal, que necesario es cuando tan fea es hoy la realidad en todos los terrenos y mirando las actuales circunstancias y los acontecimientos bajo su verdadero punto de vista. Nuestros plácemes al Sr. Oudrid por el acierto en escoger y en organizar los conciertos.

Los dos caminos, representados en el teatrillo del Prado, han obtenido regular éxito, y los actores desempeñan su cometido bastante bien.

Bobby y Giovanni son dos niños maravillosos, y su agilidad y maestría supera á todo elogio, viéndose favorecido como nunca el circo de Price, y consiguiendo una temporada escepcional.

Las mejoras que se están efectuando en el Circo de la plaza del Rey son notables, pues así en el escenario como en las localidades, se efectúa total transformación, relacionada con los adelantos del arte, augurando á este elegante coliseo uno de los más cómodos de Madrid, una temporada brillante, y mucho más contando con artistas tan queridos y predilectos como Elisa Boldun, Clotilde Lombía, si no estamos mal informados, el eminente actor cómico Mariano Fernandez, que en el pasado invierno tanto brilló en Apolo, los hermanos Calvo y algunos más no ménos dignos.

El Sr. Bernis es inteligente, activo é infatigable, ¿qué podemos decir más en su elogio, ni que pueda ser para el público de más garantía, para que favorezca aquel recinto?

De gran necesidad es que autores y actores, formen empeño en regenerar la literatura dramática, pues que en todos los teatros de verano citados anteriormente, no hay ninguno en donde se encuentre motivo para aplauso, literariamente hablando.

Parece que lo superfluo, lo escénico y lo ligero, son condiciones precisas hoy para la escena, y ese contagio se apodera hasta de las imaginaciones más privilegiadas. El buen gusto se pierde y el público empieza á preferir las comedias bufas, las mágias ó los bailes, á la más correcta y bella producción, por más que en el Estío se necesiten espectáculos ménos serios é importantes que en el invierno; pero deseáramos encontrar siempre algo que enalteciera al génio: que el interés dramático superase al que inspiran las bellas decoraciones ó los cuadros más brillantes.

Entre nuestros teatros de verso, habrá dos en la próxima temporada, el Español y el Circo, que cuentan en mayor escala que los demás, con medios para sostener la campaña y hacer la guerra á tanta y tanta producción superficial y sin fondo alguno.

Cuentan ambas empresas con actores de primer orden y directores ilustrados, por lo que no les será difícil regenerar el teatro de Calderón, Lope de Vega, Tirso, Moreto, Rojas y Breton.

Emprendan, pues, la lucha con fé, y no vulgaricen la escena convirtiéndola únicamente en una exposición muy bella sin duda de trajes y decoraciones; estas particularmente y aquellos, son los brillantes y necesarios accesorios, pero nada más.

BARONESA DE WILSON.

VARIEDADES.

LAS ARMAS DE ESPAÑA.

Las armas de España tienen el origen siguiente, y se distinguen por los blasones que se expresan á continuación:

Ataulfo, primer rey godo de España, el año 416 traía por armas un escudo de cuatro cuarteles; en el primero de arriba, á mano derecha, había una corona de oro sobre gules; en el segundo, bajo, un leon rojo en campo de argen; en el tercero, alto izquierdo, tres fajas sable sobre oro, y en el cuarto y último, otro leon gules en campo de oro. De estas mismas armas usaron algunos de sus sucesores, aunque otros, especialmente Wamba, las mudaron. D. Pelayo en 722, ó más bien en 733, cuando conquistó á Leon, tomó por armas un leon rampante purpúreo en campo de plata. Por los años 1087 empezó D. Alonso IX de Castilla á tomar por armas un castillo de oro en campo gules, según Garibay, en la historia de España, libro segundo, cap. 33.

Pero Rui Mendez de Sylva, en su población de España, folio 226, dice: que habiendo heredado D. Fernando I, año 1035, el condado de Castilla de su madre doña Nuña, condesa de Castilla y mujer del rey D. Sancho de

Navarra, se empezó á llamar rey de Castilla, y teniendo el de Leon por su mujer á doña Sancha, hermana del rey D. Bermudo II de Leon, á quien heredó; estando, pues, unidos ámbos reinos, pusieron estos reyes en el escudo de sus armas, á la mano derecha, el castillo de oro en campo rojo, insignia de Castilla, y á la izquierda el leon rampante rojo en campo de plata, insignia de Leon; atendiendo en esta preferencia que dieron á Castilla, la baronía del rey. En tiempo de D. Fernando V

se añadieron al escudo real en el cuartel alto de la mano izquierda, sobre oro, las cuatro barras coloradas de Cataluña y Aragon; y por Sicilia las mismas en franje, con dos águilas sable en campo de argen, coronados de oro; y por Nápoles una cruz

de oro sobre plata, que divide en cuatro partes el escudo, teniendo otro en cada ángulo designados por las de Jerusalem; por Navarra una cadena de oro y en medio una esmeralda en campo de gules; por Granada una granada abierta con granos colorados en campo de plata.

En tiempo de Felipe I se añadió por la casa de Austria; en la mano derecha, una faja de plata sobre gules; por la de Borgoña, abajo, tres bandas de azul y tres de oro, orladas de rojo; á la mano izquierda, flores de lis doradas, en campo azul con orlas de estacques colorados y plata; por el condado de Artois, por el ducado de Brabante, abajo, un leon de oro, sobre negro; por Flandes, otro leon sable en campo de oro, puesto en la mitad derecha de un escudete que está en medio, y en la izquierda un águila roja, coronada de oro sobre plata, por el condado del Tirol. En el tiempo de Carlos I se añadieron á las armas las dos columnas de Hércules, con *Plus Ultra*. En tiempo de Felipe II se unió á Castilla el reino de Portugal, año de 1580, y así se pusieron en medio del escudo las cinco quinas azules sobre plata, orlada de siete castillos dorados en campo rojo, insignia del reino de Algarve. En el timbre de este escudo hay una corona imperial, cerrada, adornada con el toison por orla.



30. Cuadro de malla guipure.



Sombrero Pastora para campo



29. Sombrero Ferta de doble ala. (Véase el núm. 30).



32 y 33. Sillon-cama. (Véanse los núms. 34 y 35).



24. Cenefa bordada en reps para el sillon núm. 32.



35. Cenefa bordada en reps para el sillon núm. 32.

LA VIÑA.

Hallándose un padre á las puertas de la muerte llamó á tres hijos á la cabecera de su cama, y les dijo:

— Mis queridos hijos, yo no puedo dejaros más herencia que esta viña cercana; pero en esa viña hay un tesoro escondido; cavad bien la tierra, teniendo la precaucion de no echar á perder las plantas, y lo hallareis.

Después de la muerte de aquel buen padre, los tres hijos se pusieron á cavar á más y mejor la viña con el mayor ardor; empero no encontraron ni oro ni plata. Como jamás habían trabajado la tierra con tanto cuidado, sucedió que produjo tal cantidad de racimos, que se quedaron asombrados. Entonces comprendieron bien lo que su padre al tiempo de morir les había querido dar á entender con el tesoro sepultado en la tierra.

* *

LA ENCINA Y EL SAUCE.

Una mañana, después de una espantosa noche de tormenta, el tío Ricardo, acompañado de su hijo Anselmo, fué á dar una vuelta por sus tierras para ver el dastrozoque en ellas había causado la tempestad.

— Mirad, padre, decía el niño Anselmo; la encina que parecia tan fuerte está por tierra, mientras ese débil sauce ha permanecido de pié derecho á la orilla del arroyo. ¿No es sorprendente eso, padre? Yo hubiera creído que el huracán hubiese derribado el sauce, y no la encina.

— Hijo mío, respondió el padre, la encina orgullosa que ha rehusado plegarse, debía necesariamente romperse, mientras que el sauce ha cedido á la violencia del viento, y así no le ha presentado punto resistente para poderle atacar.



34. Sombrero Gabriela bordado de azabache.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1135.

FIG. 1.^a—Traje de paseo. — La falda, las mangas y las solapas de la túnica son de reps blanco; la falda va guarnecida con un volanton al biés, de percal á rayas blancas y habana claro, y dos bieles de lo mismo, mientras la túnica, de percal á rayas, va guarnecida con bieles de reps blanco. Sombrero de crin blanco, adornado con terciopelo negro y rosas; gola y mangas de muselina. Este caprichoso traje puede copiarse en lana.

FIG. 2.^a—Traje para casa. — Vestido de linon malva adornado con volantes; delantal-blusa con mucho vuelo, de batista blanca, realzado con bieles y lazos color crudo.

PELUQUERIA UNIVERSAL.

Plaza de Santa Ana, núm. 15, tres tiendas.

Especialidad en peinados de todas clases y objetos de perfumeria. Basta dirigirse con carta á la Directora para ser servidos con esmero y puntualidad.

LA SILENCIOSA

PERFECCIONADA.

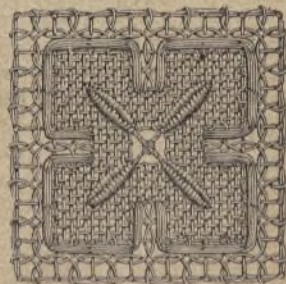
Excelente máquina de coser que ha obtenido en la Exposicion de Viena la medalla del Progreso; es una de las mejores que se conocen.

Pueden dirigirse los pedidos á D. Antonio de Paz, en Santander, el cual dará todas las explicaciones que se deseen.

BLANCO CERA

DE MATILDE DIEZ.

Refresca, suaviza y embellece el cutis. Precio de cada frasco, 30 rs.



37. Cuadro de malla guipure.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.